

hacer tanta matanza despues de la victoria en los vencidos; mayormente no siendo los romanos crueles en sus victorias, como lo eran otras naciones bárbaras y fieras. A lo cual respondemos que así como Dios tomó á Nabucodonosor por instrumento para castigar su pueblo por sus grandes pecados, y especialmente por el de la idolatría; así tomó estos emperadores para castigo de otro mayor pecado, que fué la muerte del Salvador. Para lo cual traeré por argumento una cosa admirable que sucedió á estos emperadores en la conquista de una ciudad llamada Giscala: en cuya conquista corrió gran peligro, así el ejército romano, como la vida de su emperador Vespasiano. Porque despues de entrada la Ciudad, acogieron los defensores della á un fortísimo castillo, que estaba situado en un alto risco, cercado de muchos peñascos, y insistiendo los romanos en la tomada dél, eran tantas las piedras y saetas que de lo alto tiraban contra ellos, que recibian muy notable daño, sin poderlo hacer los romanos á sus contrarios por la altura del lugar. En este conflicto tan porfiado, dice Josefo que por la divina Providencia á deshora se levantó un tan grande viento y torbellino contra los cercados, que hacia declinar las saetas que tiraban, á un lado, sin herir á los romanos, y las de los romanos llevaba derechas y con mas fuerza á los cercados. Este milagro que aquí Josefo refiere, hizo nuestro Señor en favor del religiosísimo emperador Teodosio, peleando contra el ejército de un tiranno. Por donde con mucha razon exclamó el poeta Claudiano, diciendo: ¡Oh muy amado emperador de Dios, para cuyo socorro sacó él de las cuevas de la tierra inviernos armados; para quien militó el cielo, y los vientos conjurados vinieron á la batalla! Pues por esta maravilla declaró Dios que él era el principal capitán de los romanos, pues él hacia la guerra con el ministerio de sus vientos. La conclusion desta victoria fué, que mas crueles fueron contra sí los cercados que los cercadores: porque estos mataron cuatro mil hombres; pero los que quedaron vivos se despeñaron de aquellos riscos (por no morir á manos de los romanos), que fueron cinco mil.

Tras desta calamidad sucedió la de la ciudad de Gadera, la cual se entregó libremente á Vespasiano; mas todos los mancebos y hombres revoltosos huyeron de la ciudad, y hallando en otro lugar una gran cuadrilla de otros tales como ellos, juntaron un ejército de unos y de otros; contra el cual vino el ejército romano talando, y robando, y abrasando toda aquella tierra por donde los seguian hasta llegarlos al rio Jordan; el cual no podia entonces vadearse por ir muy crecido. Por donde á los fugitivos fué forzado pelear. En la cual pelea fueron muertos trece mil hombres de los que huian, y dos mil y doscientos captivos. Y otros muchos se echaron en el rio, y se ahogaron, y así era infinito el número de los muertos. Esta calamidad fué mayor que las pasadas, no solo por el grande estrago y matanza que el ejército hizo en todo el camino por do iba, sino tambien porque estaba detenida la corriente del rio Jordan con la muchedumbre de los muertos; y así tambien lo estaba el lago llamado Asfaltides, que confinaba con él; los cuales cuerpos pasaban adelante, y corrian tambien por otros rios. Pues ¿quién habrá que leyendo esto, y conociendo que todo esto se encaminaba por la Providencia divina, no quede espantado, y no exclame: ¡Oh justicia de Dios! oh castigos de Dios! oh venganza de Dios! ¿Quién nunca vió he-

chas represas en los rios, y grandes rios, con cuerpos de hombres muertos? ¡Oh con cuánta razon dijo el Apóstol (a), que era cosa horrible caer en las manos de Dios vivo! y con cuánta lo llamó David (b) Dios de venganzas, por razon de la severidad con que castiga los pecados! Mas tornando al propósito, acabada esta victoria, el ejército pasó adelante conquistando todos los lugares y castillos que halló; de modo que toda la tierra que está allende el rio Jordan, quedó en poder de los romanos.

CAPITULO XVI.

Del cerco de Hierusalem, y de las calamidades, y disensiones, y hambres que en él se pasaron.

Declaradas las calamidades y mortandades que precedieron el cerco de Hierusalem (que es la primera parte de la division que hecimos), trataremos agora de la segunda; que es de otras mucho mayores, que entrevinieron en el cerco y conquista desta misma ciudad. Pues el emperador Tito (á quien quedaba encargada la guerra por la ausencia de su padre), conquistadas ya todas las ciudades de la provincia de Galilea con algunas otras, determinó volver las armas contra Hierusalem, y dar fin á esta contienda, poniendo cerco sobre ella, que era la cabeza del reino. Y primeramente ofreció paz y perdón á los moradores della, como lo habia hecho con todas las ciudades conquistadas, si dejasen las armas. Mas como la divina justicia queria tomar venganza de la sangre del Justo, y de los otros siervos suyos que habian sido muertos en Hierusalem (como fueron Sant Estéban, Sanctiago el mayor, y tambien el menor y Sant Matías), permitió que se cegasen de tal manera, que ni aceptasen la paz, fielmente ofrecida, ni considerasen la grandeza del ejército de que estaban cercados, ni la prosperidad y valentía de las armas de los romanos, que habian señoreado el mundo, y vencido naciones populosísimas y belicosísimas, ni echasen de ver cómo todas las ciudades de su reino habian sido entradas, saqueadas, y quemadas, y hechas sepulturas de muertos. Nada desto miraron, sino cegándolos su pecado, quisieron mas la guerra que la paz, el peligro que la seguridad, y los trabajos y pérdida que el descanso y posesion de todos sus bienes.

Las calamidades que sucedieron en este cerco de Hierusalem escribe Josefo en los cuatro postreros libros desta guerra. Mas yo no haré mas que referir aquí alguna pequeña parte dellos, y declarar cómo Dios fué el principal capitán desta guerra (como ya dije). Y para esto primeramente presupongo que Hierusalem en aquel tiempo era una de las mayores, mas ricas, mas afamadas y mas fortalecidas ciudades, y de mas hermosos edificios que habia en el mundo. Tenia en torno quasi legua y media, estaba cercada no de uno, sino de tres fortísimos muros con sus baluartes, y torres altísimas y macizas. El tercero de los cuales muros, que estaba mas dentro, tenia novecientas torres. Y en el muro mas antiguo edificó Heródes tres torres en memoria de tres personas muy amadas, conviene á saber: de un grande amigo suyo llamado Hípico, y de un su hermano llamado Faselon, y de su mujer llamada Mariamnes, y así se llamaban tambien las mismas torres. La altura della era admirable, porque una della se levantaba noventa codos en alto. Pero mas admirable era la grandeza y hermosura de las piedras de que estaban edificadas, que

(a) Heb. 10. (b) Psalm. 93.

eran de mármol muy blanco; y cada una tenia veinte codos en largo, y diez en ancho, y cinco de grueso; y tan artificiosamente juntas las piedras unas con otras, que no se parecian las junturas; y el templo era edificado destas mismas piedras riquísimamente labradas. Por donde los discípulos dijeron al Señor estando en el templo (c): Maestro, ¿mira qué piedras, y qué labores estas? El cual templo de tal manera estaba fortificado, que él era el mas fuerte castillo de la Ciudad; mas la divina Providencia encaminó las cosas de tal manera, que este templo vino á ser castillo de ladrones, los cuales robaban y mataban noche y dia los tristes moradores de la ciudad, y se guarecian y fortificaban en él. Otras cosas muchas pudiera referir de las fortificaciones, y provisiones, y abundancia de cisternas desta ciudad para no faltarles agua en tiempo de guerra; mas estas dije, para declarar cuán vanas sean las fuerzas y las esperanzas de los hombres, con todas sus armas y presidios, cuando por otra parte hay pecados. Porque habiendo estos, todas estas fuerzas y municiones para el brazo de Dios son telas de arañas: como lo muestran Babilonia, Roma, Cartago, y la desventurada Hierusalem. Finalmente el mismo emperador Tito, cuando conquistada ya la Ciudad, vió las fortificaciones della, dijo: Dios es el que ayudó á los romanos; porque de otra manera ¿qué máquinas bastaran contra tales fuerzas?

La manera en que esta ciudad fué destruida, no fué ménos digna de Dios que todas las otras obras suyas. Porque la principal parte de la guerra le hizo con sus mismos naturales. Por donde el emperador Vespasiano dilató por algunos dias la guerra, viendo lo que los mismos moradores divididos en tres bandos hacian, consumiéndose cada dia unos á otros, y haciendo mucho mayores males, que los enemigos les pudieran hacer aunque fueran muy crueles. Por lo cual dijo el Emperador que Dios hacia la guerra por los romanos; pues todo lo que ellos habian de hacer, hacian los moradores de la Ciudad contra sí.

El principio desto fué, que unos hombres malvados, revoltosos y cobdiciosos, pareciéndoles que á rio vuelto podrian medrar algo, tomaron la voz por la patria, diciendo que celaban la libertad y la honra della; por la cual causa se llamaban celotas: como si dijéramos celadores del bien comun. Estos discurrían en cuadrillas armadas por la ciudad, y levantando falsos testimonios á las personas nobles y ricas, diciendo que tenían trato secreto con los romanos para les entregar la ciudad, sin mas figura de juicio, ni lugar de defensa, los mataban y robaban; dando á entender al pueblo rudo que esto hacian como celadores de la libertad de la patria, siendo los destruidores della.

En esta sazón Anano, pontífice venerable, y amator de sus ciudadanos, vistos los estragos y crueldades destes hombres perversos, ayuntó á sí el pueblo, y armándolo contra ellos, púsolos en grande aprieto. Habíase juntado secretamente con ellos un hombre llamado Juan, astutísimo y perversísimo; el cual persuadió á los celotas que llamasen para su socorro á los idumeos sus vecinos, informándolos falsamente que el pontífice Anano tenia tratos secretos con los romanos, y que por esto los tenia puestos en aprieto, por ser ellos defensores de la libertad. Lo cual denunciado por dos astutísimos embajadores que para esto escogieron, los idumeos sin mas exá-

(c) Marc. 15.

men de la causa, creyéndose de lijero, juntaron veinte mil hombres, y vinieron en socorro de su metrópoli, que era Hierusalem. Mas la divina justicia, que peleaba contra aquel pueblo, ordenó que la noche que los idumeos llegaron á la Ciudad, se levantase una grande tempestad de vientos, y aguas, y frio; la cual redundó en mucho daño del triste pueblo. Porque el pontífice Anano entendiendo la traicion de los celotas, mandó cerrar las puertas de la Ciudad. Lo cual indignó tanto mas á los idumeos, cuanto mas trabajo pasaron aquella noche con la tempestad levantada, y con ver que se les cerraban las puertas de la Ciudad, que para ellos, como á hermanos, estaban siempre abiertas. A la media noche las guardas de las puertas se adormecieron; y entonces los celotas (que no dormían) acudieron á las puertas, y con las limas y sierras que sacaron del templo, limaron los cerrojos della sin ser sentidos, porque el ruido de la tempestad fué causa que nada se sintiese. Y desta manera abiertas las puertas, entraron los idumeos, y juntos con los celotas, á manera de perros rabiosos mataban á todos cuantos encontraban. Los gritos, y los llantos, y los gemidos, y las voces desta noche, así de las mujeres como de los hombres, ¿quién los contará, pues el templo, que solia valer á los miserables que á él se acogían, nadaba todo en sangre? De modo que cuando amaneció se hallaron muertas ocho mil y quinientas personas por las calles, y tras desto se siguió el robar y saquear todas las casas. Mas su principal furor era contra el pontífice Anano, que les habia cerrado las puertas de la Ciudad, y contra otros sacerdotes, á los cuales mataron, y mandaron que no se les diese sepultura, sino que quedasen sus cuerpos en las calles para ser comidos de perros; siendo costumbre entre los judíos no negar sepultura ni aun á los que mueren por justicia. La muerte destes tan señalados varones, y particularmente la deste venerable pontífice, dice Josefo que la misma virtud gimió y lloró, viendo cuánto los vicios habian podido contra ella.

Mas con toda esta carnicería no quedaron contentos aquellos corazones crueles; sino pareciéndoles pequeño el estrago de la noche pasada, acudieron otro dia á hacer otro mayor. Porque á toda la gente vulgar y plebeya mataban, y á los nobles encarcelaban, para ver si dilatándoles la muerte, vendrían á juntarse con ellos, y seguir su bando; y no lo queriendo hacer, los mataban, despues de muy cruelmente azotados. Y era tan grande el pavor y miedo que el pueblo habia concebido dellos, que ni gemir ni llorar osaban por sus parientes muertos; porque sintiendo esto los enemigos, hacian de los vivos lo que habian hecho de los muertos. Algunos habia que de noche á escondidas cubrían los cuerpos de los suyos con un poco de tierra, y algunos mas atrevidos lo hacian de dia. Este castigo fué tan grande y tan sangriento, que dél remanecieron doce mil hombres muertos. Desta manera los idumeos, hartos de matar y de robar, se volvieron á su tierra.

§. I.

Prosigue la guerra civil de Hierusalem, y extrañas crueldades entre sus naturales.

Mas este Juan (de que poco há hecimos mencion), no se contentaba ya con ser uno de los celotas; porque aspiraba á cosas mayores, y queria hacer bando por sí. Para lo cual con artificio y maña juntó consigo cuantos hombres perdidos y malvados halló, con cuyo favor

esperaba tirannizar la República, que estaba sin rey, y hacerse señor della. Y á veces peleaba con los celotas, y el premio de la guerra era el triste pueblo, y las casas de los nobles y ricos, que robaban los unos y los otros, alegando que todos los que no eran de su parte, tenían trato con los romanos.

En este mismo tiempo se levantó fuera de la Ciudad otro tiranno, por nombre Simon, juntando consigo todos los fugitivos y revoltosos que pudo hallar, y pregonando libertad á los esclavos. Y con esto juntó un ejército no pequeño, con el cual andaba fuera de la Ciudad haciendo saltos, matando y robando cuanto podia. Desta manera ni dentro ni fuera de la Ciudad habia seguridad; porque fuera robaba y mataba Simon, y dentro los celotas, y este sobredicho Juan.

Y porque no faltase ningun linaje de miseria á la triste Ciudad, viendo los moradores della el estrago y robos que Juan hacia, y cómo no le podian resistir, acrescentaron un mal mayor para remediar otro menor; porque para prevalecer contra un tiranno, recogieron otro, abriendo las puertas de la Ciudad á Simon, y levantándolo por su capitan para resistir á Juan. Desta manera estaba la Ciudad dividida entre tirannos; porque los celotas tomando por su capitan á Eleazaro, se apoderaron del templo, y de todas las vituallas y armas que en él hallaron, el cual les servia de un muy fuerte castillo. Simon ayudábase de los suyos y del pueblo que lo habia recogido y elegido por su capitan. Juan tambien tenia sus cuadrillas, y con todas sus fuerzas combatia á los celotas, que tenían (como dije) ocupado el templo, arrojando gran muchedumbre de saetas y lanzas contra ellos, con las cuales herian á muchos de los sacerdotes que allí estaban, y á los que venian á sacrificar. Y eran tantos los que desta manera morian, que el sacratísimo templo (venerado de todas las naciones del mundo), estaba violado, profanado, y hecho una laguna de sangre de sus mismos naturales. ¡Cuánto ménos fuera, oh miserable ciudad (dice Josefo), lo que padecieras de los romanos, que lo que padeciste de los tuyos! Los cuales vendrán agora á purgar tus maldades con llamas de fuego; porque ya no eras lugar de religion, sino sepultura de los tuyos, y castillo de ladrones.

Siguese tras desta otra guerra entre Simon y Juan, en la cual si Juan vencía, entraba por todas las casas de la parte de Simon, destruyendo cuanto hallaba (muchas de las cuales estaban llenas de trigo y de otras provisiones, que les dieran la vida para remedio de la grandísima hambre que padecieron en aquel cerco, que fué la principal causa de su ruina). Y por el contrario, si vencía Simon, hacia el mismo estrago en las casas de la parte de Juan, cortando con esto los nervios de la guerra, y haciendo todo aquello que el ejército romano pudiera desear. Desta manera peleaban entre sí estos dos tirannos, cada cual con la ambicion de reinar. Los cuales siendo capitales enemigos en todas las cosas, en una sola eran concordes, que era en privar de la vida los que eran merecedores della. Y habiendo tantas causas en el pueblo para gemir y llorar, nadie lo osaba hacer en público por el gran temor que habian concebido de la crueldad destes tirannos; mas entre sí callando reprimian sus lágrimas y gemidos. Porque el negocio habia llegado á términos, que ni á los vivos tenían respeto, ni cuidado de dar sepultura á los muertos. Todos los que no se juntaban con las cuadrillas destes, vivian desconfiados de la

vida, entendiendo que luego habian de morir; mas los revoltosos, teniendo puestos los piés sobre los montones de los muertos, peleaban unos con otros, y cobrando nueva osadía de los que pisaban, siempre andaban urdiendo mayores males, sin dejar de ejercitar todo género de crueldades contra los miserables. Hasta aquí duró la guerra mas que civil entre los mismos ciudadanos.

§. II.

Vuelve el emperador Tito sobre la Ciudad, y espantosa hambre que padecieron los cercados.

Estando la Ciudad en este estado, llegó el emperador Tito con su ejército á acabar lo que los ciudadanos habian comenzado. Porque ya pedía la divina justicia que en el mismo lugar donde se ejecutó la muerte injustísima del Salvador, se ejecutase la principal venganza della, y que con el lugar concordase tambien el tiempo, que era la Pascua del Cordero. Porque para esta fiesta, que no se podia celebrar fuera de Hierusalem, concurrían los moradores de todas las partes de Judea, como traídos invisiblemente por la mano de la muerte, que los ayuntaba para que juntos recibiesen la sentencia de su castigo: cuyo número dice Josefo que fué tres cuantos de hombres. Y por justo juicio de Dios fué escogido este tiempo, para que pues en estos dias de Pascua con manos sangrientas y voces blasfemas condenaron á su Salvador, en los mismos fuese tanta muchedumbre dellos metida como en nasa, para que allí recibiesen la pena merecida por tal pecado. Dejo de contar aquí los que fuéron muertos á cuchillo, y con otros linajes de tormentos (porque esto sería cosa muy larga); solamente contaré la terrible miseria que padecieron por hambre, con las palabras del mismo coronista Josefo. Donde verán los que esto leyeren, cuán detestable cosa sea ensoberbecerse el hombre contra la gloria de Cristo, y con cuán graves penas se castiga el crimen læsæ majestatis divinæ. La cruel hambre (dice Josefo) á los ricos era causa de gran tribulacion, los cuales por igual mal tenían quedar en la Ciudad, que morir. Porque los que quedaban por cobdicia de sus riquezas, eran acusados que concertaban salirse, y por esto eran condenados á muerte. Y la necesidad de la hambre encendía la rabia de los malhechores, y juntamente les crecía la hambre y la crueldad. Nunca en las alhóndigas ni otros lugares públicos parecia trigo; pero los robadores calaban las casas, y donde hallaban algun grano, muy caro costaba á su dueño, que porque lo habia escondido, era sentenciado. Y si no lo hallaban, todavía los atormentaban, diciendo que lo tenían cautelosamente escondido. Porque para creer que tenían provision encerrada, no querían otra prueba sino ver que aun vivían; porque si no la tuvieran, ya hubieran espirado. A los que encontraban por las calles marchitos de hambre, dejaban, teniendo por demasiado emplear su espada en los que poco despues habian de caer muertos de hambre. Muchos hubo que escondidamente toda su hacienda dieron por una medida de trigo, si era gruesa la hacienda, ó de cebada, si era pobre, y encerrándose en lo mas secreto de su casa, la comían. Algunos habia que comían los granos sin esperar á hacer pan dellos; otros (cuanto les permitía la necesidad y el miedo) esperaban á cocerlos. Pero ninguno esperaba á poner mesa; mas del fuego lo sacaban hirviendo, y su proprio pan arrebatában como

si fuera hurtado. Y era cosa miserable de ver que los que mas podían comían lo que hallaban; y á los pobres y miserables no quedaba sino gemir y derramar lágrimas. Y dado que la hambre por sí sola sobrepuje todas las angustias, pero el mayor mal que causa es, que del todo hace perder la vergüenza. Porque cuanto en el tiempo de abundancia se tiene por deshonesto, en tiempo de hambre no se tiene por vergonzoso. De aquí acaecía que las mujeres no se empachaban de arrebatar el manjar de las manos de sus maridos, ni los hijos de la mano de sus padres, y (lo que mas era miserable) las madres lo sacaban de las bocas de sus hijos. Y viendo á sus amados hijos en sus brazos morir de hambre, no por eso dejaban de quitarles de los dientes un poquito que les quedaba de mantenimiento. Pero aun deso poco, que con miserables maneras alcanzaban, no podían gozar seguros; porque súbitamente entraba alguno de los robadores, que en viendo alguna puerta cerrada, barruntaba que habia dentro algo de comer, y desquiciadas las puertas entraba furiosamente, y sacaba el manjar que habian comido (á manera de decir) exprimiéndolo de las gargantas. Azotaban á los viejos, si sabían que habian escondido algun mantenimiento; arrastraban las mujeres por los cabellos, si algo les hallaban en el regazo que quisiesen encubrir. Ningun respecto se tenía á los ancianos, ni compasión á los niños. Antes á los chiquitos que por ventura tiraban de su pan, y asidos se colgaban dél, abarraban á las paredes. Y si alguno se daba mas priesa á comer que los robadores á quitárselo, mas agramente era atormentado. Porque contra estos inventaban crueles penas: ca les cerraban las salidas naturales de la digestion; á otros metían palos agudos por las mismas partes (tiemblo en contar tal tormento) para sacar un pan ó un celemin de harina. Y fuera cosa mas sufridera, si esto hicieran los malvados constreñidos por hambre; mas ellos estaban hartos, y no querían sino ó tener para despues mantenimiento guardado, ó para que con el ejercicio de su crueldad creciese su fiereza. E si alguno á hurto pasaba entre las estancias de los perseguidores á coger por ventura algunas yerbas para comer, salíanle al encuentro, y quitábanle lo que traía. Y dado que les suplicaba y ponía delante el nombre terrible de Dios, para que siquiera de lo que habia buscado con peligro de su vida le dejasen un poquito, no era oido; mas tenía por gran beneficio dejarle con la vida. Y como quier que les era imposible dejar la Ciudad, no les quedaba esperanza de remedio; porque la hambre crecía tanto, que asolaba las casas enteras y barrios, y finalmente toda la Ciudad. Tanto que vieras dentro de las casas y por las calles montones de hombres muertos, de mujeres, y de niños, y desventurados viejos consumidos de hambre mas que de vejez. Los mozos de edad mas fuerte andaban vagabundos por las calles y puertas de la Ciudad, como almas en pena, en sola la armadura, que parecían mas estatuas que hombres. Y á cada paso los víerades caer en cualquier lugar que les apretase el hambre. La muchedumbre de los muertos, y la flaqueza de los que quedaban, no daba lugar á enterrar los cuerpos de los muy amigos y deudos, mayormente teniendo cada uno harto que llorar en sus propios duelos; y algunos hubo que enterrando algun defunto, cayeron juntamente con él; y muchos llevando á otros á enterrar, ántes que á la sepultura llegasen, espiraban. Ningun defunto lloraban, ni por alguno se

hacían las endechas acostumbradas; porque todo el tiempo y cuidados ocupaba la hambre: ni aun les quedaba substancia para llorar; porque la sequedad causada por la hambre les habia enjugado el humor de los ojos. En toda la ciudad habia continuo silencio, y toda estaba cubierta de sombra de muerte. Y sobre todos los males era la fiereza de los robadores, que no tenían por ilícito abrir los sepulcros, y despojar las cadaveras, no tanto por cobdicia de robar lo que hallasen, como por su pasatiempo, y por escarnio de los defuntos, y para probar los filos de su espada en las carnes sin ánima. Algunas veces probaban las espadas en los que ya estaban espirando, lo cual otros que en semejante paso estaban, tenían por gran beneficio, y lo pedían juntas las manos, para librarse de la rabia de la hambre; pero ellos con extraña crueldad, á unos por su placer daban la muerte, á otros que la pedían, la negaban. Muchos con angustiosos suspiros, al tiempo de la muerte volvían los ojos al templo, no tanto por el dolor proprio, cuanto por ver que sus perseguidores quedaban sin castigo. Al principio habian ordenado que á costa de la Ciudad se enterasen los muertos por el hedor ponzoñoso; pero despues que la muchedumbre de los cuerpos sobrepujaba los propios de la Ciudad, despeñábanlos por el muro en la cava. Y como el emperador Tito paseándose un dia al derredor de la Ciudad, viese las cavas llenas de cadaveras, y que toda la comarca se inficionaba por su hedor, levantó los ojos al cielo con gran voz, y puso á Dios por testigo que él no era en que tan grande estrago se hiciese. Por lo cual tengo por averiguado que, aunque las armas de los romanos cesaran contra los malos ciudadanos, no por eso dejara la Ciudad de perecer, ó se abriera la tierra y se hundiera, ó otro diluvio la anegara, ó rayos de fuego decendieran del cielo y la abrasaran como á Sodoma. Todo esto dice Josefo en el quinto libro de su historia, y en el sexto repite cuasi lo mismo, y añade lo que se sigue.

La necesidad de la hambre todas las cosas hacia comederas, aun aquellas que los brutos animales desechan. Tanto que tenían por conveniente manjar las riendas de los caballos, y sus cintas, y sus zapatos, y los cueros en que estaban aforradas las puertas quitaban, y los comían; y tales habia que comían las pajas secas, y boñigas de bueyes, y de cualquier estiércol que hallasen se vendía un pequeño peso por cuatro monedas. Mas ¿para qué me detengo en declarar tan por menudo la gravedad de aquella angustia, pues una sola cosa basta para hacerla estimar? Porque en aquella sazón acaesció una hazaña cual nunca entre las gentes bárbaras se vió, espantosa de decir, y increíble de oír. Y por cierto de buena gana callara historia tan extraña, por no ser tenido por relator de monstruosas novedades, si no permanecieran aun hasta nuestra edad muchos testigos de vista, varones dignos de fe. Ni pienso que serviría á mi patria en callar los infortunios que de hecho padeció.

§. III.

De una espantable hazaña de una mujer que comió su proprio hijo: y del remate de los trabajos de los judíos; y como Cristo lo habia profetizado.

Una mujer de las que moraban allende el rio Jordan, llamada María, hija de Eleazaro, de la aldea de Beuzob, noble de linaje y riquezas, con otra mucha gente habia venido á Hierusalem, y se halló presente á padecer con

los muchos la comun desventura. Ya le habian tomado todas sus joyas y posesiones los tirannos; y si algunas pobres alhajas ó provision le habia quedado para pasar su vida, cada hora y cada momento entraban los robadores, y poco á poco la despojaban. Por lo cual la mujer con sobrada tristeza, con ruegos y con injurias provocaba á los malvados que la matasen. Pero como nadie cumpliera su deseo, ni por ira, ni por compasion, y ya no le quedase ni pudiese hallar cosa para sustentarse, y la hambre le escarbaba las entrañas, y la sacase fuera de sí, tomó el remedio que la rabia y la angustia le mostraron, contra todo derecho de naturaleza. Tenia un hijo que mamaba á sus pechos, al cual puesto ante sus ojos dijo: ¡ Oh mas desdichado hijo de la desdichada madre! Muerta yo, ¿á quién te dejaré, cuando la Ciudad es cercada y robada, y todos sus moradores consumidos de hambre, á que mueras peleando, ó á que seas despojo de los enemigos? Ca cierto es que aunque nos quedase alguna esperanza de vida, nos queda de padecer el yugo de servidumbre de los romanos; cuanto mas que ni aun para ser captivos nos consiente la hambre vivir, y los robadores mas pestilenciales que todos los infortunios nos asuelan. Pues vén, hijo mio, y serás manjar de tu madre (materia de crueldad á los malos hombres, y historia que se cuente por todo el mundo), que solo este desastre faltaba á la desventura de los judios. Y diciendo esto degolló á su hijo, y sin tardanza le puso sobre el fuego y le asó; y la mitad comió luego, y la otra mitad guardó escondida. En esto súbitamente entraron los robadores, que sintieron el olor de la carne quemada, y amenazaron á la mujer con la muerte si luego no les descubria el manjar que habian sentido. Ella dijo: Sí haré por cierto, que para vosotros guardé la mejor parte; y diciendo esto descubrió los miembros del niño que habian quedado. De lo cual súbitamente se espantaron los robadores, y sus corazones se enflaquecieron, aunque feroces; y enmudecieron, que palabra no pudieron hablar. Pero ella con sereno semblante, y mas cruel que los mismos homicidas, les dijo: Mi hijo es este que veis: yo le parí, y yo le maté: comed dél, que yo he comido ya mi parte; no queráis ser mas piadosos que su madre, ni mas tiernos de corazon que una mujer. Y si á vosotros vence la humanidad, y aborreceis tal comida, yo que ya he perdido el miedo, acabaré lo comenzado. Oído esto, atónitos y espantados la dejaron, buscando y no hallando otra vianda en su casa. Luego por toda la Ciudad se divulgó tan extraña hazaña, y cada uno representaba delante de sus ojos hecho tan abominable; y como si él mismo hubiera sido su autor se estremecia, y se le espeluzaban los cabellos; y todos los que lo oian, tenían por bienaventurados los muertos que no oyeron tal desventura; y ellos deseaban ántes la sepultura que esperar á oír otra semejante. Hasta aquí dice Josefo.

Sobre este hecho arriba relatado viene bien á propósito el dicho del Salvador, que amenazando á los judios los males que les estaban aparejados, les dijo (d): Ay de las mujeres preñadas, y de las que trajeren hijos á los pechos en aquellos dias. Rogad á Dios que no os venga la persecucion en dia de fiesta; porque será aquella tribulacion mayor que alguna ha sido dende el principio del mundo. Recogiendo pues el sobre dicho historiador la summa de los que comprendió la desventura, dice que de hambre y á cuchillo murieron un cuento y cien

(d) Marc. 13.

mil hombres; y los robadores y homicidas que por lo Ciudad andaban robando y matando, despues se mataron unos á otros. Algunos mancebos hermosos y bien dispuestos se guardaron para llevar aherrojados á Roma, para gloria y pompa del triunfo; y todos los demas que se hallaron de diez y siete años arriba, fuéron llevados atraillados á las minas de metal por Egipto. Otros fuéron derramados por diversas provincias, unos para ser muertos á cuchillo, otros para ser echados á las fieras en las crueles fiestas y juegos que acostumbraban hacer á sus dioses; y los menores de diez y siete años fuéron vendidos para ser perpetuamente captivos por diversas partes del mundo; y cuyo número llegó hasta noventa mil. Verdaderamente sola esta calamidad (aunque ningún otro argumento hubiera) bastaba para ablandar y convencer corazones mas duros que peñas. Porque díganme si alguno de los nacidos dende que Dios crió el mundo hasta el dia presente, oyó ó leyó que se convierta y viva. Allende desto procuró la divina clemencia ablandar la dureza de sus corazones, mostrándoles señales y apariciones en el cielo: esgrimiendo la espada en su mano derecha, amenazándolos y perdonándolos. De lo cual tenemos relacion del mismo historiador en el sexto libro, donde escribe así: Al desdichado pueblo engañaban hombres perversísimos y mentirosos profetas, haciendo que no creyesen las señales de la indignacion de Dios, por las cuales á menudo les mostraba el perdimiento venidero, así de su ciudad, como de su generacion. Y por sus lisonjas, como atónitos y locos, sin ojos y sin entendimiento, menospreciaban las celestiales revelaciones. Porque todos sabemos que en todo un año fué vista una estrella resplandeciente, á manera de espada estar amenazando sobre la Ciudad; donde asimismo fué vista una cometa, que echaba de sí llamas significadoras del encendimiento venidero.

Demas desto á veinte y uno del mes artemisio (que llamamos mayo) apareció una vision espantable que apenas puede ser creida; y pudiéramos gozar que habia sido fantasma, si despues no viéramos cumplida la destruicion que significaba. Cerca de la puesta del sol parecieron en toda la comarca corriendo por los aires carros de batallas y gente armada, y ejércitos que venian de las nubes, y súbitamente cercaban las ciudades. Allende desto en la fiesta siguiente de Pentecostes, entrandó de noche los sacerdotes en el templo á hacer sus oficios, primero sintieron estruendo como de movimiento de hombres, y luego oyeron voces que apresuradamente decian: Partamos de aquí. Primero que esto, habia acaescido otra cosa mas terrible, cuatro años ántes de la guerra, cuando seguramente gozaba el pueblo de su reposo. Un mancebo, hijo de Ananías, llamado Jesus, hombre rústico y de los comunes del pueblo, en el dia de la fiesta de las Cabañuelas dió grandes voces súbitamente, diciendo: voz de Oriente: voz de Occidente: voz de todos cuatro vientos: voz sobre Hierusalem y sobre el templo: voz sobre los casados y sobre las casadas: voz sobre el pueblo. Y diciendo esto sin cesar, rondaba la ciudad por todas las calles y plazas, hasta que algunos principales del pueblo enojados por tan crueles amenazas, asieron al hombre, y le azotaron terriblemente. Pero él sin alegar cosa por sí, ni siquiera rogar á los circunstantes le valiesen, perseveraba en la misma porfía y palabras.

(e) Luc. 19. (f) Matth. 24.

nideras. Porque ¿cuándo se vieron jamas tales crueldades junto con las ya referidas?

§. IV.

De las muestras y visiones espantables que anunciaron la destruicion de Hierusalem ántes que viniese.

Pero no será fuera de propósito añadir á lo dicho las cosas en que se mostró la piedad y clemencia divina aun con los desagradecidos. Lo primero, cuarenta años continuos los esperó despues del pecado cometido. En los cuales todos los apóstoles, especialmente Sanctiago, pariente del Señor (que fué constituido obispo de Hierusalem), los amonestaba cada dia para traerlos á penitencia, si por ventura pudieran derramar tantas lágrimas, que apagaran la llama de la saña del juez poderoso. El cual con tan larga espera les mostraba claramente que deseaba su remedio (g); porque no ama Dios tanto la muerte del pecador, quanto que se convierta y viva. Allende desto procuró la divina clemencia ablandar la dureza de sus corazones, mostrándoles señales y apariciones en el cielo: esgrimiendo la espada en su mano derecha, amenazándolos y perdonándolos. De lo cual tenemos relacion del mismo historiador en el sexto libro, donde escribe así: Al desdichado pueblo engañaban hombres perversísimos y mentirosos profetas, haciendo que no creyesen las señales de la indignacion de Dios, por las cuales á menudo les mostraba el perdimiento venidero, así de su ciudad, como de su generacion. Y por sus lisonjas, como atónitos y locos, sin ojos y sin entendimiento, menospreciaban las celestiales revelaciones. Porque todos sabemos que en todo un año fué vista una estrella resplandeciente, á manera de espada estar amenazando sobre la Ciudad; donde asimismo fué vista una cometa, que echaba de sí llamas significadoras del encendimiento venidero.

Demas desto á veinte y uno del mes artemisio (que llamamos mayo) apareció una vision espantable que apenas puede ser creida; y pudiéramos gozar que habia sido fantasma, si despues no viéramos cumplida la destruicion que significaba. Cerca de la puesta del sol parecieron en toda la comarca corriendo por los aires carros de batallas y gente armada, y ejércitos que venian de las nubes, y súbitamente cercaban las ciudades. Allende desto en la fiesta siguiente de Pentecostes, entrandó de noche los sacerdotes en el templo á hacer sus oficios, primero sintieron estruendo como de movimiento de hombres, y luego oyeron voces que apresuradamente decian: Partamos de aquí. Primero que esto, habia acaescido otra cosa mas terrible, cuatro años ántes de la guerra, cuando seguramente gozaba el pueblo de su reposo. Un mancebo, hijo de Ananías, llamado Jesus, hombre rústico y de los comunes del pueblo, en el dia de la fiesta de las Cabañuelas dió grandes voces súbitamente, diciendo: voz de Oriente: voz de Occidente: voz de todos cuatro vientos: voz sobre Hierusalem y sobre el templo: voz sobre los casados y sobre las casadas: voz sobre el pueblo. Y diciendo esto sin cesar, rondaba la ciudad por todas las calles y plazas, hasta que algunos principales del pueblo enojados por tan crueles amenazas, asieron al hombre, y le azotaron terriblemente. Pero él sin alegar cosa por sí, ni siquiera rogar á los circunstantes le valiesen, perseveraba en la misma porfía y palabras.

(g) Ezech. 18. 33. Matth. 9.

Entónces los principales entendiendo lo que era verdad, que forzado por Dios hablaba, lleváronle al Presidente romano: delante del cual fué azotado, hasta que le descubrieron los huesos, sin echar una lágrima.

Pues tornandó al propósito principal, despues de rotos los tres muros que dijimos, y entrada y saqueada la Ciudad, y muertos y captivos todos los que hallaron en ella, mandó el Emperador arrasar todos los muros y edificios della, que eran en gran manera hermosos: de modo que, como el Salvador habia profetizado (h), no quedó en ella piedra sobre piedra. Este fué el desastrado fin de aquella tan antigua y famosa ciudad, conocida y celebrada por todo el mundo: el cual le vino dos mil y ciento y setenta años despues de su primera fundacion, que fué por el rey Melchisedec, y mil y ciento y setenta y nueve años despues que la reedificó y ennoblecíó el rey David. Mas ni la antigüedad della, ni la grandeza, ni la fortaleza, ni las grandes riquezas, ni la gloria de la religion fuéron parte para dejar de ser asolada en la forma que está dicho.

Este fué el pago que recibieron los que desechando el benignísimo reino de Cristo, dijeron (i): No tenemos otro rey sino á César. Pues este César que ellos eligieron, les dió este galardón.

CAPITULO XVII.

De otras calamidades que padesció y padesce hasta hoy la parte de los judios que permanece en su incredulidad.

Declaradas ya las calamidades que se padecieron en el cerco y conquista de Hierusalem, síguese que tratemos de las que despues desto ha padecido, y padece hasta hoy aquella parte del pueblo que todavía permanece en las tinieblas de su incredulidad: que es la tercera parte de la division que arriba pusimos: para que, pues el Señor dice por Esaiás (a) que la vejacion de las tribulaciones abre los ojos del entendimiento, podrá ser que por esta via los que los tienen cerrados, los abrañ, viendo un tan gran diluvio de calamidades, unas sobre otras, nunca vistas en el mundo, cargar sobre ellos. Y demas desto conviene que sepamos que nuestro Señor Dios en todas las cosas es Dios: quiero decir, en todas grande, en todas admirable; grande en galardonar, y grande en castigar; grande en galardonar los servicios, pues por un hijo que le quiso ofrecer el patriarca Abraham, le prometió tantos hijos como estrellas hay en el cielo (b); y grande en castigar los pecados, pues un pecado mortal castiga con pena perdurable: como parece en el castigo de los ángeles que pecaron. Con lo uno declara la grandeza de su bondad, y con lo otro la severidad de su justicia: con lo uno nos mueve á su amor, y con lo otro á su temor, que son las dos joyas mas ricas que hay en el mundo. Y á quien quiera que desea encender en su ánima estos dos tan nobles afectos, ruego yo aquí que lea el capítulo xxvi del Levítico, y el xxviii del Deuteronomio; y ahí verá cuán largo y magnífico es Dios en el galardonar, y cuán terrible y espantoso en el castigar: con lo cual podrá (*) atear mas y mas estos dos afectos sobredichos. Ahí tambien conocerá el estilo que Dios tiene con los que no se emiendan con los azotes de su justicia: que es, con acrescentar otros nuevos azotes, para que siquiera con los postreros abran los ojos los que

(h) Marc. 13. (i) Joann. 19. (a) Esai. 28. (b) Gen. 22.

(*) Esto es, excitar, avivar.

no quisieron abrirlos con los primeros. Y si todavía porfiaren en su dureza, ha de porfiar también él en su castigo. Y porque nadie piense que esta es invención mía, pondré aquí las palabras del mismo Dios en el sobredicho capítulo del Levítico: donde después de las primeras amenazas contra los desobedientes, que son de enfermedades, y hambre, y persecuciones de enemigos, dice así (c): Y si azotados con todas estas plagas no os convirtieredes á mí, acrescentaré otras siete veces mayores que las pasadas, y con ellas quebrantaré la dureza de vuestra cerviz. Y amenazando otras nuevas plagas sobre las ya dichas, vuelve luego á decir: Y si con todo esto no os emendáredes, y porfiáredes á serme contrarios y desobedientes, yo también os seré contrario, y castigaros he siete veces por vuestros pecados, y enviaré contra vosotros la espada vengadora del quebrantamiento de la paz y amistad que asentastes conmigo. Y amenazando tras destas palabras otras nuevas calamidades, torna á repetir la misma sentencia, diciendo: Y si aun con todo esto no diéredes oídos á mis palabras, sino todavía me fuéredes contrarios, yo también os seré contrario, usando con vosotros de mi furor, y castigándoos con siete plagas por vuestros pecados; y esto en tanto grado, que vengais á comer las carnes de vuestros hijos y de vuestras hijas; y abominaros ha mi ánima de tal manera, que asolaré y pondré por tierra vuestras ciudades, y haré que vuestros santuarios queden desamparados, y no recibiré el olor de vuestros enciensos. Y á vosotros derramaré por todas las gentes, y desenvainaré mi espada contra vosotros, y vuestra tierra quedará desierta, y destruidas vuestras ciudades. Todas estas son palabras de Dios en el sobredicho capítulo: las cuales habiendo sido dichas más de tres mil años há por aquel Señor á quien todas las cosas venideras están presentes, vemos agora puntón por punto cumplidas. Lo cual debía bastar para abrir los ojos de aquella parte del pueblo que con todo esto aun persevera en su ceguedad: de lo cual trataremos adelante más por extenso.

Mas he traído este lugar para que por él se entienda esta porfía que Dios tiene en castigar á los que con este linaje de medicina pretende curar: como él mismo lo significó hablando con su pueblo, por estas palabras (d): Vivo yo, dice el Señor, que con mano fuerte, y brazo extendido, y con furor derramado, reinaré sobre vosotros. Pues conforme al estilo de Dios declarado en este capítulo, así como usó de grande misericordia con los que deste pueblo se convirtieron, dándoles tanta abundancia de gracia, que (como dice Sozomeno en la Tripartita) fueron los primeros autores e inventores de la vida de aquellos clarísimos padres de Egipto; así con los que no quisieron reconocer su Salvador, ni con los testimonios de los profetas, ni con aquella tan espantosa ruina de Hierusalem, ejercita su justicia, añadiendo plagas sobre plagas, y calamidades sobre calamidades. Lo cual declararé agora summariamente, por no gastar mucho tiempo en tan tristes tragedias.

Pues conforme á lo dicho, queriendo nuestro Señor visitar con otro azote á los que todavía perseveraban en su incredulidad, permitió que los judíos que moraban en Egipto, Cirene y Alejandria rebelasen contra el imperio romano en tiempo del emperador Trajano: por el cual fueron otra vez destruidos, y muerta infi-

(c) Levit. 26. (d) Ezech. 20.

nita gente dellos. Y porque ni aun con este azote se volvieron á Dios, envióles otro mucho mayor. Porque rebelando ellos otra vez contra los mismos romanos en tiempo del emperador Adriano (inducidos por un grande engañador que decía ser una gran lumbrera del mundo), fueron otra vez destruidos por este emperador, y toda su nación desterrada de Hierusalem, y de toda su comarca. Y de ahí adelante la ciudad se pobló de nuevos moradores, y también perdió el nombre antiguo de Hierusalem, y fué llamada Æelia Adria, por respecto del emperador Æelio Adriano: para que mudando el apellido, mudase juntamente con él las costumbres antiguas. En esta guerra dice Dion Coceyo que fueron muertos cincuenta mil hombres de guerra, sin la otra muchedumbre de gente desarmada; y fueron allanados por tierra cincuenta castillos muy fuertes, y novecientos y ochenta y cinco lugares y aldeas que estaban pobladas. De modo que después de la vendimia que hizo Vespasiano, volvió el azote de Dios por la rebusca que había quedado, en tiempo de Trajano y Adriano. Y perseverando ellos todavía en su ceguedad sin embargo destas calamidades, perseveró también el azote de Dios contra ellos, según él lo había amenazado. Porque en tiempo del emperador Valente, hereje arriano, saliendo ellos de la ciudad de Diocésarea, juntaron un ejército, y con él andaban haciendo guerra y daño por toda la comarca. Contra los cuales vino Galo César (que á la sazón estaba en Antioquia), y los venció, y desbarató, y destruyó aquella ciudad. Después hubo un alboroto tramado por ellos en Alejandria, donde habitaba gran número dellos. En el cual tiempo fueron echados de la ciudad, y derribadas sus sinagogas, y robadas sus casas; y así quedó aquella gran ciudad por esta causa muy despoblada. En lo cual se ve que en todos estos tiempos ninguna cosa tentaron que les sucediese bien, habiéndoles Dios prometido (e) que guardando su ley, todas las cosas en que pusiesen las manos les sucederian prósperamente. A estas calamidades se añadió otra, desta manera. Un judío engañador, de la isla de Creta, fingió que era Moysen, y que era enviado del cielo para llevar por el mar á los judíos moradores de aquella isla, así como en otro tiempo había llevado á los que salieron de Egipto por el mar Bermejo sin mojarse los pies. Y dando ellos crédito á sus palabras, y cebados con sus promesas, menospreciaban sus ejercicios, y desamparaban sus haciendas por seguirle. Finalmente llegado el día aplazado, el engañador caminaba delante, y todos le seguían con sus mujeres y hijos. A los cuales llevó á un risco que cae sobre el mar, y mandóles que como pescado se zambulliesen en el agua, que sin dubda pasarían sin lesión; y así lo cumplieron los que primero llegaron, y todos se despeñaron y ahogaron. Mas en la cabeza destes escarmentaron los otros, y escaparon del peligro. Y todos reprehendían su necedad, porque tan de ligero habían creído. Y queriendo matar á su engañador, no le pudieron asir; porque súbitamente desapareció. De donde sospecharon muchos que era algún falso demonio en figura humana. Este fué justo juicio de Dios: como el Salvador lo había profetizado cuando dijo (f): Yo vine en nombre de mi Padre, y no me quisieron creer: otro vendrá en su propio nombre y creerle han.

Ni piense nadie que en solos los tiempos pasados vi-

(e) Levit. 26. Deuter. 28. (f) Joann. 5.

sitó nuestro Señor á los que todavía estaban incrédulos, para que la vejación (como dijimos) les abriese el entendimiento. Porque también en nuestros tiempos habemos visto otras calamidades que les han sobrevenido. Porque no fué pequeño azote el que padecieron los que no quisieron recibir nuestra sancta fe en tiempos de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, cuando por ellos fueron desterrados de España. En el cual destierro pasaron grandes trabajos, así en la navegacion para otras nuevas tierras, como en los males tratamientos que padecieron entre las naciones bárbaras y crueles donde moran; llegando este destierro hasta las partes de Oriente.

Mas en este lugar la caridad cristiana, y el celo de la salvacion de las ánimas me obliga á avisar á muchos falsamente celosos de la fe, los cuales tienen creído que no pecan haciendo mal y daño á los que están fuera de ella, ora sean moros, ó judíos, ó herejes, ó gentiles. Engañanse estos grandemente; porque también estos son prójimos como los fieles, según se colige de aquella parábola del Salvador, que trata de la piedad y socorro del Samaritano con el herido (g). Y dado caso que nuestro Señor quiera castigar al infiel por sus pecados, y digne ministros por quien ejecute su ira, pero no ménos pecan estos ejecutores de la justicia divina, que si no lo fuesen; porque instrumento fué de Dios el rey de Babilonia para castigar su pueblo, y destruir su templo por los pecados de la gente, y así lo llama Dios por Esaías (h) vara de su furor, y báculo de su indignacion; mas porque él no hacia esto por castigar las ofensas de Dios, sino por tirannizar la tierra, fué castigado con extrañas calamidades y azotes, y con perdimento de la vida, y de aquel grande reino. Lo cual prosigue muy á la larga Hieremías en los capítulos I y II, que son los mayores capítulos de su profecía, declarando que toda aquella tan grande tempestad le venía en venganza de haber destruido la heredad de Dios, y su sancto templo. Asimismo el profeta Esaías (i) profetizó este grande azote de Babilonia por estas palabras: *Todos cuantos se hallaren (en Babilonia) morirán á hierro; los niños barrarán los soldados por las paredes en presencia de sus padres; sus casas serán robadas, y sus mujeres violadas. Yo (dice Dios) levantaré contra ellos á los medos; los cuales ni querrán oro, ni plata, sino tirar saetas á los niños, sin tener compasion de los que estuvieren mamando á los pechos de sus madres. Y será aquella gloriosa Babilonia assolada, así como lo fué Sodoma, y Gomorra.* Finalmente tales fueron las plagas de Babilonia por este pecado, que cuando el profeta Esaías las vió en espíritu, dice (k) que padeció tan grandes angustias como la mujer cuando pare; y que cayó en tierra cuando las oyó, y que se le secó el corazón, y se le cubrió de tinieblas, y quedó pasmado. Tal pues es el castigo de los que agravan á sus prójimos, aunque la divina justicia se sirva dellos para castigo de los pecados: como á veces también se sirve para esto de los mismos demonios. Por lo cual dice muy bien Sanct Augustin (l) que mas provecho nos hacen los que nos injurian, que los que nos lisonjean; mas tú, Señor, no miras á lo que por medio dellos haces, sino á lo que la mala voluntad dellos quiere hacer.

He dicho esto tan por extenso, para que se entienda

(g) Luc. 10. (h) Esaí. 10. (i) Esaí. 13. (k) Esaí. 21.
(l) Aug. Confes. lib. 9. cap. 8.

que aunque Dios permita las vejaciones y opresiones de los incrédulos y infieles, que permanecen en su error, no ménos pecan los que los maltratan y vejan, que los que maltratan á sus prójimos. Antes pecan mas gravemente; porque los escandalizan, y hacen que tengan igual aborrecimiento á la ley, que á los profesores della. Porque este odio es la causa principal que los tiene obstinados en su engaño. De modo que aquella pared de division y de odio que habia entre fieles e infieles, la cual Cristo derribó, para amigarlos y incorporarlos en su Iglesia (m), muchos con sus malas obras e ejemplos la tornan á edificar; y así el nombre de Dios, como dice la Escritura (n), es blasfemado por ellos entre las gentes.

De lo dicho pues se infiere que la manera que se debía tener para la conversion de los infieles, es la que el Apóstol (o), singular oficial deste oficio, muestra que tenia, cuando escribiendo una carta á los de Tesalónica, dice: Hecimonos como pequeñuelos en medio de vosotros, y como una ama que cria y regala sus hijos, teniéndolos tan grande amor, que os quisiéramos dar, no solo el Evangelio, sino también nuestras ánimas por la grandeza deste amor.

Palabras son estas de grande consideracion, y que declaran muy bien las entrañas de caridad que este divino Apóstol tenia con aquellos que de nuevo habían venido á la fe. Pero mucho mas declaran esto las que escribe en la epístola á los romanos (p), las cuales ponen espanto y admiracion á quien quiera que las lee; donde con un solemne juramento dice así: Verdad digo en Cristo Jesu, no miento, dándome testimonio desto mi consciencia, de la cual es testigo el Espíritu Sancto, que padezco una gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseaba yo mismo ser anatema de Cristo por la salud de mis hermanos, que son los hijos de Israel, deudos míos según la carne; cuya era la adopcion de hijos, y la gloria, y el testamento, y la ley, y el servicio, y las promesas divinas; de cuyos padres nació Cristo según la carne; el cual es Dios bendito en todos los siglos. Hasta aquí son palabras del Apóstol: el cual sentia tanto el perdimiento de sus hermanos, que se ofrecia á carecer de la gloria que esperaba de Cristo (aunque no de su amor y gracia), porque sus hermanos gozasen della. Pues con esta caridad, con este celo, con estas entrañas de piedad convirtieron los apóstoles el mundo: Este es el juicio y sentimiento que en esta parte tienen los que de todo corazón desean la salvacion de las ánimas, y sienten el perdimiento dellas, como lo sentia nuestro glorioso padre Sancto Domingo; de quien se escribe que ardia como una hacha encendida por el celo de las ánimas que perecian. Y su hija Sancta Catalina pedia á Dios que tapase con ella la boca del infierno para que ninguna de sus criaturas entrase allá. Pues volviendo á nuestro propósito, todas estas maneras de calamidades permite Dios que padezca la parte desta gente que aun está ciega; para que esta vejacion les abra el entendimiento, y les dé á conocer el desamparo de Dios, y así se vuelvan á él, y á su unigénito Hijo nuestro Salvador.

CAPITULO XVIII.

Del destierro general que padece hasta hoy la parte desta pueblo que permanece en su infidelidad.

Mas dejadas á parte estas calamidades que fueron de (m) Ephes. 2. (n) Rom. 2. (o) 1. Thess. 2. (p) Rom. 9.